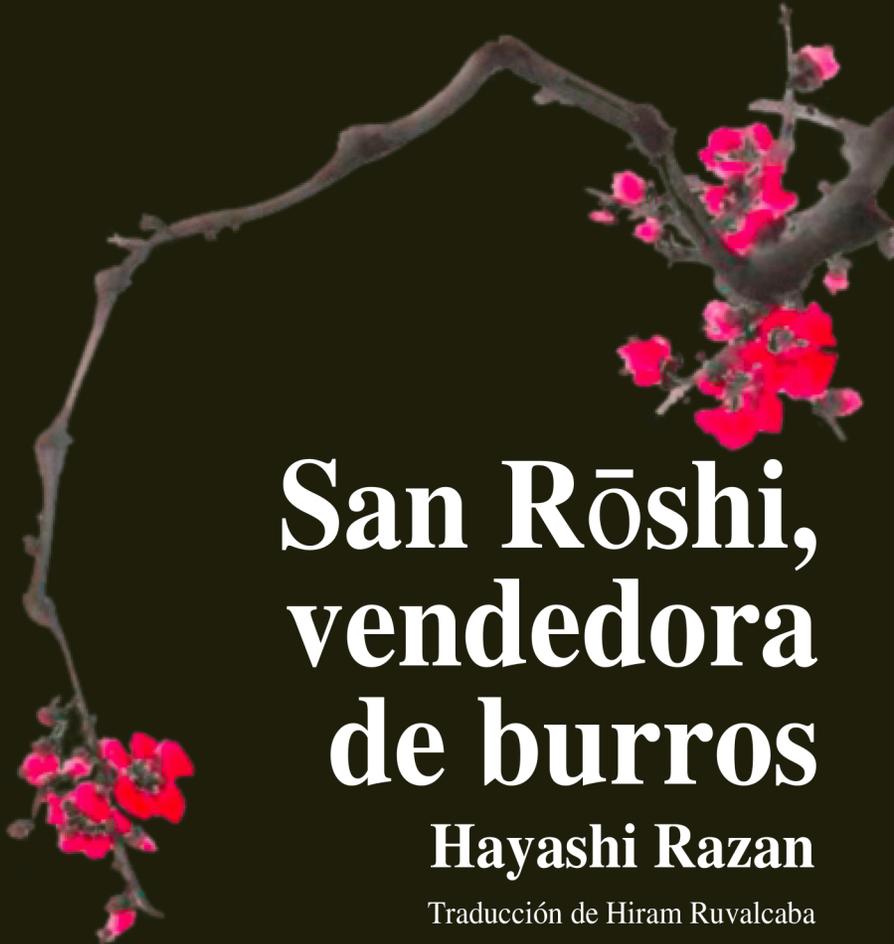


三娘子



# San Rōshi, vendedora de burros

Hayashi Razan

Traducción de Hiram Ruvalcaba

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



**San Rōshi,  
vendedora de burros**



**San Rōshi,  
vendedora de burros**

三娘子

Hayashi Razan

Traducción de Hiram Ruvalcaba

Universidad Autónoma de Nuevo León

---

Primera edición UANL, 2021

---

Rogelio G. Garza Rivera  
*Rector*  
Santos Guzmán López  
*Secretario General*  
Celso José Garza Acuña  
*Secretario de Extensión y Cultura*  
Antonio Ramos Revillas  
*Director de Editorial Universitaria*

© Universidad Autónoma de Nuevo León  
© Hiram Ruvalcaba, por la traducción  
*Este cuento fue recuperado de wul.waseda.ac.jp*

Padre Mier No. 909 poniente, esquina con Vallarta. Monterrey, Nuevo León, México,  
C.P. 64000.  
Teléfono: 818329 4111.  
e-mail: [editorial.uanl@uanl.mx](mailto:editorial.uanl@uanl.mx)  
Página web: [editorialuniversitaria.uanl.mx](http://editorialuniversitaria.uanl.mx)

.....  
Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra -incluido el diseño tipográfico y de portada-,  
sin el permiso por escrito del editor.  
.....

Impreso en Monterrey, México.

Printed in Monterrey, Mexico



**A**l oeste de Henjū vivió una mujer llamada San Rōshi, viuda de unos treinta años que no tenía hijos ni familia, y que era dueña de una famosa tienda conocida como el Puente de Tablones. En la tienda vendía toda clase de artículos y hacía dinero con la comida que preparaba, a pesar de esto, corría el rumor de que su casa era muy extravagante, pues solía mantener ahí un gran número de burros. Los viajeros y la gente que no poseía carruaje solían venir para comprarle uno, que ella vendía por un buen precio. El lugar era sitio de reunión para muchos viajeros.

A mediados de la era Genwa (806-820), hubo un hombre llamado Chō Kika, de Kyojū. Un día, mientras viajaba hacia la capital del este, se hospedó en este lugar. Chō Kika llegó cuando ya era muy tarde por la noche, por lo que había ya unos seis o siete viajeros. Como siempre, San Rōshi era una excelente anfitriona: les dio de beber y

de comer a su gusto y pronto todos se emborracharon. Aunque él no bebía, Kika no tardó en mezclarse entre el grupo. Cuando dieron las diez de la noche, los hombres se sintieron muy cansados y se quedaron dormidos.

Al verlos, San Rōshi salió del cuarto, cerró la puerta y apagó la luz. Sin embargo, Kika era el único que aún no era vencido por el sueño. A través de la pared que los separaba, escuchó los sonidos de San Rōshi removiendo objetos en la habitación de al lado. Se arrastró silenciosamente para asomarse a través de un agujero, y vio cómo San Rōshi encendía el fuego en la cocina y tomaba una pequeña caja. De ella, sacó una yunta diminuta, un buey y una muñeca de madera. Cada uno de ellos medía unos veinte centímetros. Los colocó enfrente del fuego y escupió sobre ellos.

Pronto, la muñeca empezó a correr, jalando al buey de madera que, usando el azadón, labró una porción de la tierra junto al piso. Después de esto, San Rōshi sacó una porción de semillas de soba de una cajita y las plantó en los surcos recién formados. En poco tiempo, las plantas empezaron a crecer del suelo y cosechó unos quince litros de soba, que no tardó en moler usando un pequeño mortero. Finalmente, tomó el buey de madera, la muñeca y el pequeño azadón y

los guardó de nuevo en su caja. San Rōshi recogió el soba molido y preparó seis o siete panecitos de soba.

Llegó el amanecer. Cuando los viajeros se disponían a irse, San Rōshi distribuyó los panecitos de soba con mucho entusiasmo y encanto frente a ellos, pidiendo que los comieran. Kika los miró con aprensión. Se despidió de todos y pretendió marcharse, pero se quedó del otro lado de la puerta para espiarlos. Cuando los viajeros se comieron los panecillos cayeron de golpe al piso, rebuznando. Después de un rato, sus cuerpos tomaron la forma de burros. San Rōshi condujo a todos los burros al establo detrás de su tienda y juntó todas las pertenencias de los viajeros para quedárselas. Kika presenció todo, pero no se lo contó a nadie. Supo que se trataba de un tipo de magia muy inusual. Sin decir nada, se marchó del lugar.

Un mes más tarde, Kika emprendió el viaje de regreso desde la capital. Pensó en hospedarse nuevamente en la tienda de San Rōshi, pero no sin antes preparar él mismo sus propios panes de soba: eran idénticos en tamaño y forma a los de San Rōshi. Llegó al Puente de Tablones y se quedó ahí. Como la primera vez, la mujer probó ser una gran anfitriona.

—Debo irme muy temprano —le dijo Kika—. Por favor, prepara unos panes para mí.



—Por supuesto que sí, sin problema. Por ahora, ve a descansar —replicó ella.

La medianoche pasó rápidamente. Kika espiaba en silencio mientras San Rōshi repetía el mismo ritual del soba. Al amanecer, San Rōshi le ofreció los panecillos a Kika: los alineó en succulentas hileras frente a él y se dirigió a otro lugar del cuarto para limpiar. Mientras la mujer estaba distraída, Kika vio su oportunidad. Rápidamente, reemplazó uno de los panecillos que había hecho San Rōshi por uno de los que él llevaba.

Esperó a que llegara el momento de comer, y le dijo:

—Yo también traje panecitos. Los iba a compartir con los otros viajeros, pero he guardado uno para ti —luego, se llevó a la boca el pan que había cocinado él mismo.

San Rōshi le sirvió el té.

—Por favor, señora, pruebe el pan que le traje —pidió Kika, mientras le ofrecía a la mujer su propio pan encantado.

Cuando se lo comió, San Rōshi se desplomó en el piso y empezó a rebuznar, presa del engaño del hombre. En poco tiempo, ella también se transformó en una fuerte y saludable burra. Kika no tardó en montarla y conducirla por el exterior de la tienda. Se dice que se llevó el buey y la muñeca de madera con él, aunque nunca aprendió la

magia para hacerlos funcionar. Kika viajó a muchos sitios montado en su burra sin un solo tropiezo. Se dice que la hizo caminar casi 400 kilómetros al día.

Cuatro años más tarde, viajaron juntos hacia el este del santuario en el Monte Hua. En el camino se encontró con un anciano que, al verlos, palmeó sus manos, soltó una carcajada y dijo:

—¿Eres San Rōshi del Puente de Tablones? ¿Por qué pareces una burra ahora?

Tomó la brida y se dirigió a Kika:

—Estoy seguro de que esta mujer ha pecado mucho, pero ¡cuánto malestar ha conocido desde su encuentro contigo! ¿No te da lástima? Por favor, perdónala a partir de hoy.

El anciano jaló con ambas manos del hocico de la burra y lo partió en dos. San Rōshi emergió de un salto de la piel del animal: había recuperado su forma humana. Hizo una reverencia en agradecimiento al anciano y se alejó corriendo hacia el final del camino.

Jamás volvieron a verla.



*San Rōshi, vendedora de burros*, de Hayashi Razan, traducción de Hiram Ruvalcaba, se generó en el mes de julio de 2021. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Editorial Universitaria. Diseño de portada de Claudio Tamez Garza.





ESPECIALES

*San Rōshi, vendedora de burros*

Hayashi Razan

Traducción de Hiram Ruvalcaba



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



CASA UNIVERSITARIA DEL LIBRO

EDITORIAL UNIVERSITARIA UANL